

ENTREVISTA CON SANDOR FERENCZI, JÔ GONDAR Y ELIANA SCHUELER REIS.



En el último mes de mayo, las psicoanalistas cariocas Eliana Schueler Reis y Jô Gondar lanzaron el libro “Con Ferenczi. Clínica, subjetivación, política” por la Editora 7 Letras. En esta entrevista la psicóloga y doctora del Programa de Postgrado en Memoria Social (PPGMS) de UNIRIO, Fernanda da Rocha Marques Nunes, investiga con las autoras los aspectos que motivaron la publicación de esa obra. A partir de las ideas del psicoanalista húngaro Sándor Ferenczi (1873-1933) y de años de práctica en la clínica psicoanalítica, ellas abordan la originalidad del pensamiento ferencziano y su contribución a cuestiones de la actualidad, sea en la clínica, en los procesos de subjetivación o en la política.

FERNANDA NUNES: Comencemos por el título del libro. La preposición “con” elegida para componer el título del libro apunta a una posición específica, ¿cuál sería ella? ¿Por qué hablar “con”

Ferenczi y no “sobre” Ferenczi?

JON GONDAR: El uso del “con” fue intencional. No queríamos escribir un libro sobre “Ferenczi Sobre él ya existen algunas obras, aunque no sean muchas, ya que Ferenczi fue un autor proscrito del psicoanálisis durante décadas. Para que usted tenga una idea, el *Diario Clínico* -un libro interesantísimo, mostrando el psicoanálisis vivo, en ejercicio- llevó más de cincuenta años en ser publicado. Ahora existe en portugués un trabajo casi completo de la Ferenczi; faltan sólo los escritos de Budapest, anteriores a su entrada en el movimiento psicoanalítico. Hay una media docena de libros traducidos sobre Ferenczi y un número un poco mayor escrito por autores brasileños, algunos bastante buenos.

La cuestión es que no queríamos hablar de un autor, sino de la clínica contemporánea. Queríamos hablar de algo que experimentamos de manera muy cercana. Si hablamos sobre un autor, hablamos siempre con cierta distancia, haciendo un sobrevuelo por su vida y obra o por sus principales conceptos. Pero cuando hablamos de lo que hacemos en la clínica, estamos mucho más implicados. Por eso decidimos, Eliana Schueler Reis y yo, hacer de Ferenczi una especie de compañero de recorrido. Esto fue facilitado por la propia postura de ese psicoanalista húngaro, que siempre denunció las jerarquías y el ejercicio del poder, tanto entre analistas y anarquistas como en el movimiento psicoanalítico. He aquí un punto delicado y no muy mencionado entre los analistas: el poder. Ferenczi buscaba la horizontalidad, criticando las relaciones verticales de los analistas con sus pacientes. Ahora bien, escribir con es permanecer al lado, manteniendo la horizontalidad que Ferenczi valoraba, y nosotros también. Pensamos, además, que estar al lado puede ser la mejor forma de tocar los sufrimientos contemporáneos, ya que todo hoy -tanto en el plano subjetivo, como en el plano social y político- se encamina hacia la quiebra de las jerarquías y de la verticalidad en las conexiones. Esta ruptura no es un mal. Creemos que de nada sirve volver a un modelo de mundo que ya no existe. Esta ruptura nos trae algo positivo, ya que favorece las afinidades y las coaliciones, abriendo el hacer clínico para “sentirlo con”, noción propuesta por Ferenczi. En este libro hablamos de la experiencia analítica contemporánea, usando la afinidad con ese psicoanalista húngaro para tratar el cambio de sensibilidad provocada por las transformaciones subjetivas y clínicas actuales.

FERNANDA NUNES: Como ustedes señalan, en ciertos momentos, para Ferenczi, la situación analítica parece representar la circunstancia de dos niños intercambiando sus experiencias. ¿Cómo podríamos pensar la construcción de vínculo y la relación transferencial en el psicoanálisis ferencziano?

JÓ GONDAR: Un comentario antes de responder: no se puede decir que exista un psicoanálisis ferencziano. Ferenczi jamás pretendió crear una escuela. Al contrario, incentivaba a sus analizandos y alumnos (y Balint es uno de ellos) a desarrollar un estilo propio, original. No quería seguidores; buscaba lazos de afinidad con otros analistas.

Su pregunta es importante. La forma del vínculo se ha vuelto cada vez más relevante en los tratamientos, principalmente ahora que tenemos tantos pacientes que no juegan el juego habitual de la clínica, en el cual el analizando asocia libremente, el analista escucha, puntúa, interpreta. ¿Qué sucede cuando los pacientes no se someten tan fácilmente a la regla de la asociación libre? El analista pasa a contar mucho más con la percepción de los afectos en curso y con el propio juego afectivo de la situación transferencial. Y no es posible que se exima de ese juego, como si todos los afectos vinieran del paciente. Ferenczi fue el primero en valorar, en la relación transferencial, los modos afectivos del analista. Freud reconocía los afectos del analista, los llamaba contratransferencia, pero creía que eran un obstáculo al tratamiento. Con Paula Heimann, la Escuela Inglesa pasó a considerar la contratransferencia una herramienta importante para el proceso analítico, pero ella era una vía de mano única. El terapeuta sería una especie de placa receptora de los afectos del paciente, o sea, todo lo que era sentido en relación a él era entendido como reactivo. En el límite, un analista podría acusar a los analizandos por todos sus estados afectivos. Si tuviera una fantasía erótica, es porque el paciente estaría queriendo excitarlo; si se duerme, es porque el paciente estaría queriendo controlarlo, y así sucesivamente. Es por eso por lo que Lacan fue un gran crítico de la contratransferencia. Él no dudaba que el analista fuese; lo que él criticaba era que el analista quisiera imputar esos afectos al analizando, transformándolos inmediatamente en un saber sobre el inconsciente del sujeto en tratamiento. Pero Lacan no quiso considerar los afectos del analista en la situación clínica. El analista estaría incluido en la relación transferencial sólo como objeto -es decir, como algo que afecta- y no como alguien que se siente afectado. Este sería otro modo de mantenerse en un lugar protegido y en un lugar de poder en la relación transferencial.

Ferenczi propone otra cosa, y es con aquella que sintonizamos. En primer lugar, hay afectos que circulan en la relación transferencial y que no pueden ser imputados sólo a la historia o a las fantasías del analizando. Son afectos que tienen que ver con aquella relación que se establece con aquel analista y en aquel momento. En segundo lugar, estos afectos no provienen sólo del paciente. Nosotros, como analistas, somos responsables de lo que creamos en la atmósfera y en el encuentro clínico. Si somos fríos o acogedores, si somos atentos a las necesidades psíquicas de los pacientes, si somos capaces o no de hablar su lenguaje o de adaptarnos a su ritmo, la propia decoración del consultorio, todo eso crea una cierta atmósfera y provoca ciertas sensaciones y sentimientos. Es justamente la circulación y el trabajo con los afectos producidos en el encuentro clínico que pueden ser puestos al servicio del tratamiento. De ese modo, el analista está incluido más radicalmente en la relación transferencial.

En su pregunta usted evoca la imagen construida por Ferenczi para ciertos momentos de la situación clínica, la imagen de dos niños. Es necesario analizar al niño que existe en el adulto para que se pueda tocar la dimensión más sensible, más lúdica, más afectiva de los pacientes. Pero ¿cómo puede un analista llegar a ese niño? El mejor modo es a través del niño que existe en él. Winnicott decía que para analizar psicóticos o *borderline* debemos ser capaces de contactarnos con los niveles más primitivos de nosotros mismos. La misma estrategia puede ser usada en relación con el niño que existe en el analizando adulto. Es necesario tener el coraje de acceder a ella y el coraje de ponerla en juego, siempre que la situación clínica así lo pida. Es claro que, al ponernos en el diapason del paciente, veremos que a veces el momento transferencial pide otra forma de relación que no es la de dos niños. Pero dado el momento, no debemos resistirnos a traer lo que tenemos de sensible e infantil para comunicarnos con esa misma dimensión en los pacientes. Esta es la estrategia del “sentir con” desarrollada por Ferenczi. Esto no quiere decir que debemos identificarnos con el analizando, siendo como él, ni fundirnos con el analizando, indiscriminadamente. El “sentir con” implica un movimiento de ir y venir, por parte del analista, entre el niño y el adulto, en imbuirnos en el ritmo y en las sensaciones de los pacientes, la auto-observación de sus propios afectos y la evaluación de la mejor actitud a ser tomada en aquel momento clínico.

FERNANDA NUNES: ¿Cuál es en la actualidad la contribución del pensamiento de Ferenczi al campo de producción psicoanalítico?

JÓ GONDAR: Desde finales del siglo pasado, hemos observado cambios en la subjetividad, en la cultura y, como no podía dejar de ser, en el movimiento psicoanalítico. Las fronteras rígidas han sido cuestionadas en todos los ámbitos: las subjetividades no parecen construirse al modo de las estructuras bien demarcadas; y ya no es posible no considerar, si queremos entender el sufrimiento psíquico, los problemas de la sociedad y de la cultura en que vivimos; los psicoanalistas se vuelven cada vez más críticos en cuanto al dogmatismo de las escuelas de psicoanálisis y tienden a una actitud más pluralista, mostrándose más abiertos a la contribución de otros autores del psicoanálisis, e incluso de otros saberes. Podemos decir, en resumen, que los modos de pensamiento dualistas y binarios -que son los grandes productores de fronteras- están siendo revisados en todos los niveles, del macropolítico al subjetivo.

El dualismo naturaleza/cultura fue, desde la modernidad, la sustentación de varios otros: masculino/femenino, homosexual/heterosexual, metrópoli/provincia, centro/periferia, loco/sano, desarrollado/subdesarrollado, hombre/animal, etc. En la actualidad, el dualismo ha sido puesto en jaque en la actualidad, tanto por los movimientos de denuncia de los cambios climáticos como por los movimientos feministas (ver Donna Haraway) y antirracistas. Hemos sido obligados a relativizar los privilegios que adjetivos como “humano” o “civilizado” nos han traído, aun cuando esos privilegios aparecen disfrazados por el lamento de la condición del hombre como “exiliado de la naturaleza”.

En diversas teorías psicoanalíticas encontramos la presencia mayor o menor de esos dualismos. Pero nunca en Ferenczi. Él fue, supuestamente, un monista/pluralista, es decir, alguien que no admitía la lógica del “o eso o aquello”, alguien que no apreciaba las fronteras y tenía atracción por las mezclas. *Thalassa*, por ejemplo, su libro más conocido, es un ensayo de bioanálisis, una articulación entre el psicoanálisis y la biología. Sería hoy lo que llamamos investigación transdisciplinaria. Para realizar una investigación transdisciplinaria, Ferenczi propuso un método científico denominado *utraquista* (cuyo significado sería “unos y otros”), es decir, un método que toma en cuenta, al mismo tiempo, eso y aquello. En otros textos, cuestionó radicalmente la separación entre cuerpo y psiquismo, afirmando que el cuerpo es capaz de pensar. Llegado a proponer que la vida es capaz de pensar, lo que inmediatamente pone en jaque el dualismo naturaleza/cultura. Todos estos cuestionamientos de Ferenczi a una lógica binaria lo hacen un pensador extremadamente actual. Un pensador que no es afecto a los purismos, a las discriminaciones, a los muros divisorios. Esto no quiere decir, como ya he señalado, que él estaría defendiendo una indiferenciación fusional. Mezclar no es fundir. Se trata de algo más complejo, más sutil y no por ello poco riguroso, algo que implica el movimiento de ir y venir, mencionado anteriormente.

FERNANDA NUNES: La actualidad del pensamiento de Ferenczi parece fundamentarse justamente en lo que lo diferencia del pensamiento de Freud. ¿Cuáles serían esas diferencias y cuáles serían las implicaciones ético-políticas para la producción del pensamiento psicoanalítico?

ELIANA REIS: Al retomar la temática del trauma, Ferenczi reintroduce la importancia del ambiente y, por lo tanto, de la experiencia. Formulando la importancia “del origen exterior de la formación del carácter y de la neurosis”, tal como lo explicita en su artículo “Confusión de lengua entre los adultos y el niño”. Este tema había sido dejado de lado en la teoría y práctica psicoanalítica desde que se estableció la teoría freudiana de la fantasía y de la realidad psíquica como el aspecto más relevante, y sobre el cual se había construido una concepción de un aparato psíquico que se auto-explicaba metapsicológicamente.

Consecuentemente, Ferenczi tuvo, desde el inicio de sus trabajos como psicoanalista, una mirada atenta para las intensidades afectivas que circulaban en la relación terapéutica. Él comprendió la transferencia como un proceso de desplazamiento de afectos y equivalente a los procesos introyectivos más primarios en la constitución de un yo que se ampliaba en sus contactos con el mundo externo. Con esto resaltaba la calidad creadora de la transferencia. Ahora esta deja de ser entendida como una repetición de patrones estereotipados y aporta al campo de la clínica una dimensión experiencial contingente, y no sólo de retorno de algo que “ya estaba ahí”, necesitando ser desvelado. La transferencia considerada en su cualidad de un intenso intercambio entre paciente y analista conlleva a que éste último tenga una presencia diferente con relación a aquella preconizada por el modelo freudiano del “espejo bien pulido”. El analista pasa a ser testimonio de experiencia, y más aún su persona pasa a “aportar”, a formar parte de ella.

Ferenczi hizo, a lo largo de su obra, una crítica contundente al proceso que transformó la relación psicoanalítica en una relación cercana a la de maestro y discípulo. Según él, Freud intentó refrenar el exceso afectivo que percibía en la relación de los pacientes con el analista para hacer viable el desarrollo del psicoanálisis como práctica terapéutica, transformando progresivamente la relación intensamente emocional, próxima a la hipnosis y la sugerencia que existía entre el médico y su paciente en una especie de experiencia infinita de asociaciones, un proceso esencialmente intelectual. Todo esto terminó por generar a una relación de sumisión del paciente a la lengua teórica hablada por el analista. Aquí encontramos la *confusión de lengua entre el analista y el paciente* en que la intensidad del lenguaje infantil debe ser sometida al orden lingüístico de una “lengua culta”, la asociación libre.

Ferenczi llamó “hipocresía profesional” a la forma en que el dispositivo analítico se convertía en una protección para las resistencias del analista a sus propios aspectos infantiles, y además: afirmaba que los pacientes tienen una percepción intuitiva de eso, pero no tenían el coraje de expresarlo y de oponerse al analista. Rechazando esta postura, Ferenczi propuso que el analista debía prestarse para el papel de “Juan porfiado” -muñeco que recibe los golpes del niño, se balancea, pero vuelve a ponerse de pie. Para soportar la fuerza de los ataques y al mismo tiempo, del amor transferencial, propone el análisis en profundidad del analista como segunda regla fundamental del psicoanálisis.

Ferenczi propuso una clínica basada en la acogida, en el reconocimiento por parte del analista de la atmósfera que se crea en el *setting* a partir de la presencia de los dos participantes. En lugar de la hipocresía profesional, en la que el analista se parapeta detrás de una superficie lisa que le ofrece al paciente, Ferenczi introdujo la noción de tacto o *sentir con*. Al retomar esta noción acuñada por el filósofo Theodor Lipps y colocarla en un lugar central en sus trabajos, él ensancha el campo de la clínica psicoanalítica, haciendo que el analista franquee el espejo y se coloque al lado de su paciente, saliendo de la verticalidad de la interpretación clásica con su carácter sospechoso.

Aquí vemos como sus cuestionamientos clínicos implican claramente un sesgo ético, en la medida en que vislumbraba esa relación más horizontal y colaborativa, en la cual el analista no se encuentra protegido por su función y participa, aunque de modo diferente, de las afectaciones y de los percances del trabajo analítico.

FERNANDA NUNES: Según Ferenczi, la fragmentación subjetiva recibe una connotación positiva y creativa. ¿Cómo se da la constitución del yo en la teoría de Ferenczi?

ELIANA REIS: Tal vez Ferenczi no le dé tanta importancia al yo como instancia psíquica, sino al yo como aquel que experimenta las catástrofes. El yo sobrevive a ellas y se autoorganiza a través de esa capacidad de fragmentarse y adquirir múltiples dimensiones. El niño recién nacido, según Ferenczi, está más cerca de un estado de dispersión y depende de la acogida recibida para vivir como un proceso gradual de organización que pasa por varias etapas, denominadas “etapas del sentido de la realidad”. Pero, cuando esa acogida no se da con alegría, el niño tiene que utilizar recursos extremos para sobrevivir física y psíquicamente. Se fragmenta y, según su capacidad autoplástica, madura precozmente, permaneciendo, sin embargo, con su existencia escindida en varios planos. La noción de autoplastia, en la forma en que la encontramos en los trabajos de Ferenczi, remite a percepciones muy arcaicas y capacidades de organización que no obedecen a las separaciones binarias adulto/niño, cuerpo/mente, sujeto/objeto, naturaleza/cultura.

Tenemos por un lado un “bebé sabio” que sabe muchas cosas y otro curvado sobre sí mismo, alejándose del mundo. El auto-clivaje es una forma de organización y defensa diferente de la represión. En la división, la división no se hace entre sistemas o tópicos psíquicos, sino en la plantación constitucional yoica. No tiene, como en la represión, una temporalidad complementaria en que un tiempo se actualiza en el otro, como en la resignificación de las memorias vía síntoma.

El clivaje se da en planos horizontales en que cada fragmento convive con otro sin que haya una comunicación entre ellos. Lo que sostiene esta separación es un gap afectivo. Parafraseando a Ferenczi, un yo que sabe todo pero no siente, no puede comunicarse con un yo que siente pero no sabe nada, y que está protegido por no ser encontrado. Ferenczi considera los síntomas como formas de crear caminos posibles para existir. El cuerpo piensa, crea formas extrañas, verdaderas esculturas vivas y, con eso, el yo encuentra nuevos modos de ser. De ahí su interés en comprender cómo se forman los síntomas, qué caminos

psíquicos/corporales son construidos; esto importa más para el manejo clínico que desvelar su significado, pues si es posible crear un síntoma es posible crear muchas otras cosas. Lo que siempre se ha visto como la enfermedad psíquica puede ser vivida como apertura de posibles.

FERNANDA NUNES: Usted y Jô Gondar afirman que un dispositivo técnico, clínico, es al mismo tiempo un dispositivo político. ¿Cómo podemos observar en la práctica esta afirmación?

ELIANA REIS: En la medida en que se considera que la clínica no busca el “tratamiento” de una falla, sino la promoción de encuentros y desvíos, choques con otras dimensiones de vida, esto necesariamente tiene una dimensión colectiva y política.

Siguiendo con Ferenczi, hacer clínica implica una experiencia de mutualidad y colaboración. La horizontalidad presente en la noción de “sentir con” hace del analista un testigo implicado con sus afectos, perspectiva que escapa de las relaciones más asimétricas de poder. Al mismo tiempo, cuando trabajamos la transferencia como repetición de la experiencia infantil de vulnerabilidad y la traemos hacia un contexto diferente de acogida, buscamos encontrar en el trabajo mutuo con el paciente una forma actual de vivir según su modo, y no comprimido en una estandarización teórica.

Eliana Schueler Reis.

Psicoanalista. Miembro del Espacio Brasileño de Estudios Psicoanalíticos (RJ). Doctora en Salud de la Mujer y del Niño por el IFF/FIOCRUZ. Profesora de Postgrado en Terapia a través del Movimiento - Cuerpo y Subjetivación de la Facultad de Danza Angel Viana. Autora de los libros: *Da análise da infância ao infantil na análise* em coautoria com Eliza Santa-Roza (Contra Capa), *De corpos e afetos - transferências e clínica psicanalítica* (Contra Capa). Rio de Janeiro-RJ, Brasil.

E-mail: eliana.schueler.reis@gmail.com

Jô Gondar. Psicoanalista. Miembro del Círculo Psicoanalítico de Río de Janeiro. Doctora en Psicología Clínica por la PUC-Rio. Profesora titular de UNIRIO: actúa en el Programa de Postgrado en Memoria Social. Es autora de la obra *Os tempos de Freud* (Revinter) y organizadora de la obra *Memória e Espaço: trilhas do contemporâneo* (7Letras), *O que é memória social?* (Contra Capa) e *Por que memória social?* (Híbrida). Rio de Janeiro-RJ, Brasil.

E-mail: jogondar@uol.com.br

Fernanda da Rocha Marques Nunes. Psicóloga clínica y educacional. Doctora y Profesora en el Programa de Pósgrado em Memória Social (PPGMS) da UNIRIO. Petrópolis-RJ, Brasil.

E-mail: fernanda.marquesnunes@gmail.com

Publicado en: Revista PsicoFAE: Pluralidades em Saúde Mental, Vol. 6, Nº 1, jun./jul., pp. 7-12, Curitiba, 2017.

Versión electrónica en:

<https://revistapsicofae.fae.edu/psico/article/view/107/68>

Volver a Artículos Clínicos

Volver a Newsletter 8-ex-62